

EDICIÓN ESPECIAL DEL 20 ANIVERSARIO

LA
DANZA
ESPIRAL



EL RENACIMIENTO DE
LA ANTIGUA RELIGIÓN
DE LA GRAN DIOSA

STARHAWK

RITUALES, INVOCACIONES,
EJERCICIOS Y MAGIA

El vigésimo aniversario de la edición de *La danza espiral* celebra el papel central que este libro ha tenido en el movimiento de la Diosa. Este clásico en su género, éxito de ventas sin precedentes, es al mismo tiempo referencia obligada en la filosofía y la práctica de la brujería y una guía para que sus lectores se acerquen a la Diosa, desarrollen sus poderes psíquicos e integren su cuerpo, mente y espíritu. En una nueva introducción, Starhawk revela los caminos que han tomado la religión de la Diosa y la práctica del ritual durante estos últimos veinte años y refleja el modo en que estos cambios han influido y realzado las ideas originales. Ante un mundo siempre cambiante esta valiosísima guía espiritual es más relevante cada día.

Agradecimientos

Este libro no podría haber existido sin el amor y el apoyo de mi ex marido, Ed Rahsman, y de mi madre, la Dra. Bertha Simos.

Por la oportunidad de explorar y esforzarme por comprender los Misterios, le doy las gracias a los miembros de mis asambleas: en Abono, a Guidot, Quest, Diane, Beth, Arden, Mother Moth, Amber, Valerie y Paul; en Madreselva, a Laurel, Brook, Susan, Zenobia, Diane y, especialmente, a Kevyn, por la inspiración adicional de su dibujo.

También me gustaría agradecer a quienes me han enseñado el Oficio: Victor y Cora Anderson, Ruth, Z. Budapest y los demás.

También me siento agradecida por el apoyo y el aliento de la comunidad pagana del Área de la Bahía y de las Brujas de la Alianza de la Diosa, y muchos amigos y compañeros, demasiado numerosos como para ser enumerados aquí. En particular, quiero dar las gracias a mi «hermano en espíritu», Alan Acacia, y a mi «hermano en carne», Mark Simos, por sus contribuciones; a Patty y Nada, por haber estado ahí al principio; a Ann, por su inspiración; y a Carol Christ y Naomi Goldenberg, por su ayuda para llegar a una comunidad más extensa.

Por último, quiero expresar mi aprecio a mi editora, Marie Cantlon, por su sensibilidad y valentía para hacerse cargo de este tema, y a Sara Rush, por toda su ayuda.

A todos vosotros está dedicada esta obra: a Aquella Que Canta en el Corazón y a Aquel que Danza.

Agradecimientos de la 2ª Edición

Aparte de las personas mencionadas anteriormente, quiero dar las gracias también a los miembros de *Wind hags*, *Matrix* y, especialmente, al Colectivo *Reclamación*. Los rituales que hemos practicado juntos, el trabajo que hemos realizado enseñando, escribiendo y organizando, y nuestras peleas, conflictos, bromas y discusiones a través de los años forman la matriz de la comunidad de la cual han nacido mis propios cambios.

He sido sumamente afortunada en mis relaciones en el mundo editorial. Marie Cantlon, quién realizó la primera edición, ha seguido siendo una buena amiga y editora a lo largo de esta década y con todos mis libros subsiguientes. También ha editado muchos de los libros mencionados en la bibliografía, siendo una verdadera madre de este movimiento. Jan Johnson e Yvonne Keller, de Harper & Row, me han apoyado y han sido las comprensivas editoras de esta edición. Mi agente, Ken Sherman, se ha esforzado durante los últimos diez años por conseguir que yo siguiera siendo solvente. Pleides Akasha me asistió con una gran alegría en la preparación de este manuscrito. Raven Moonshadow revisó las Tablas de Correspondencias.

Los *Blank Cats*, miembros de mi familia colectiva, aguantaron mis quejas y me invitaron a cenar. Y quiero dar las gracias a mi amiga Kate Kaufman por sugerir la idea de realizar esta edición.

Mientras escribía estas revisiones, dos miembros de la antigua asamblea de Madreselva han realizado la transición hacia la Madre en el sentido literal, dando a luz a dos her-

mosas hijas suyas: Nora y Vivian Sarah. A todos vosotros,
gracias y mucho amor.

Agradecimientos de la 3ª Edición

Quiero darle las gracias a mi editora, Liz Perle, y a todos los compañeros de Harper San Francisco por su cálido apoyo a esta nueva edición. También estoy profundamente agradecida por la continuada amistad, inspiración y orientación de Marie Cantlon, quien editó la primera edición de este libro. Mi agente, Ken Sherman, también se ha mantenido firme durante el largo recorrido.

Soy muy afortunada de tener el amor y el apoyo de muchas personas de mi entorno. Mi marido, David, me tiene siempre sonriente. Mis compañeros de vivienda y de la magia me mantienen en movimiento, y Madrone y Jodi Selene intentan que siga siendo organizada de diferentes maneras. Mary Ellen Donald me enseñó el arte mágico de los tambores. Pero, sobre todo, quiero agradecer la inspiración de trabajar con la extensa red de maestros de la Reclamación, organizadores y miembros de la comunidad mientras creamos magia juntos.

Y reconozco, con pena, el fallecimiento de mi madre, Bertha Simos; de Raven Moonshadow, y de Mother Moth. Todas ellas dejan un legado de contribuciones a esta obra.

STARHAWK

Cazadero, marzo de 1999

Introducción a la Edición del Décimo Aniversario

Esta nueva edición de la Danza en Espiral me ha ofrecido la oportunidad de tener una conversación conmigo misma, en la cual espero que tu, lector, te sientas incluido. Una de las cosas que me fascinan de escribir es el modo en que ello derrota al tiempo. Al releer esto oigo mi propia voz de hace una década, recuerdo ideas que había olvidado y percepciones que se habían desvanecido.

Al principio, la idea de volver a ahondar en mi propio material de diez años atrás me parecía una empresa alarmante. Por un lado, temía descubrir que muchas cosas que me habían parecido certezas absolutas en esa época hubieran cambiado tanto que mis sentimientos anteriores me parecieran inmaduros o embarazosos. Por otro lado, quizá me diera más miedo aún el pensamiento de que nada había cambiado, que mis creencias, pensamientos y prácticas podían haberse mantenido estáticas durante todo este tiempo.

El hecho de releer el libro me ha resultado tranquilizador. Sí, algunas cosas han cambiado, puesto que el mundo ha cambiado. Pero la mayor parte de lo que escribí todavía se sostiene. De hecho, hay muchas cosas que había olvidado, pues he estado casi una década sin leer el libro, aunque lo he usado como libro de consulta. He descubierto que después de escribir numerosos borradores de un libro, de volver a mecanografiar tres borradores seguidos (sí, este libro fue escrito antes de la época de los ordenadores do-

mésticos) y de releer galeradas y pruebas finales, francamente, no quiero volver a verlo en mucho tiempo.

Sin embargo, fue una agradable sorpresa. Mi recuerdo de *La Danza en Espiral* era el de un simple libro de ejercicios, una introducción a la brujería fácil de leer, para principiantes. Al releerlo, me di cuenta de que en realidad es una obra de teología, aunque una buena introducción para principiantes, pero más compleja de lo que yo creía. De hecho, estoy bastante sorprendida de haberla creado estando a la mitad de la veintena y de que suene con un tono de tanta autoridad, cuando mi recuerdo de aquella época de mi vida es de una cierta inseguridad.

En realidad, este libro nació durante el verano en que yo tenía 17 años, el de 1968. Pasé la mayor parte del tiempo haciendo autostop por la costa de California, yendo de arriba abajo y acampando en las playas. Por primera vez, viví en contacto directo con la naturaleza, día y noche. Empecé a sentirme conectada con el mundo de una manera diferente, a ver todo como cosas vivas, eróticas, ocupadas en una danza continua de agradarse mutuamente, y a mí misma como una parte especial de todo ello. Pero todavía no tenía un nombre para mi experiencia.

Regresé a casa y empecé a asistir a mis cursos universitarios en la UCLA. Una amiga y yo empezamos a dar una clase de brujería como un proyecto independiente para la asignatura de antropología. En realidad, cuando empezamos a enseñar no sabíamos nada sobre brujería, pero eso no nos impidió ofrecer el curso, el cual impartimos como una especie de seminario, animando a nuestros compañeros de estudios a investigar sobre algún aspecto del tema e informar al resto. Así, aprendimos bastante e incluso formamos una asamblea de brujas, a pesar de no saber exactamente lo que era, o lo que se suponía que debía hacer. Improvisábamos rituales, lo cual, según recuerdo, incluía muchos golpes sobre unos palitos y ritmo y masajes en grupo.

Cuando finalmente conocimos a unas auténticas Brujas Wiccan, ellas vinieron a la sede transformada del club de estudiantes en la que varios de nosotros estábamos viviendo en una especie de comuna y nos leyeron El Cometido de la Diosa. Cuando oí las palabras tuve una fuerte sensación de no estar oyendo algo nuevo, son de haber encontrado los nombres y el marco para poder comprender unas experiencias que ya había tenido.

La idea de una religión que adoraba a una Diosa era asombrosa y alentadora. De niña, habiendo sido criada como judía, yo había sido muy religiosa y había alcanzado un nivel avanzado en mi educación judía. Pero a finales de los sesenta, cuando me convertí en una mujer, me pareció que faltaba algo. El movimiento feminista todavía no había entrado en su período de resurgimiento y yo nunca había oído la palabra *patriarcado*, pero sentía que la tradición, tal como se encontraba entonces, carecía de modelos para mí como mujer y de caminos para el desarrollo del poder espiritual femenino. (En los años siguientes, ciertas ramas del judaísmo abrieron más vías para la adquisición de poder de la mujer y caminos más anchos para la experiencia de Dios, pero en aquella época este proceso todavía no se había iniciado).

La tradición de la Diosa abría nuevas posibilidades. Ahora mi cuerpo, con toda su feminidad, sus pechos, su vulva, su matriz, y el flujo menstrual, era sagrado. El poder salvaje de la naturaleza, el intenso placer de la intimidad sexual, pasaron a ocupar un lugar central como caminos hacia lo sagrado, en lugar de ser negados, denigrados o vistos como algo periférico.

Empezamos nuestra instrucción con las Brujas que conocimos, pero ellas querían que hiciéramos ciertas cosas que yo era incapaz de hacer en ese momento: principalmente, una disciplina regular de meditación, estudio y ejercicios. Me alejé, pero continué valorando muchísimo la introducción que había tenido a la religión de la Diosa.

A principios de los setenta yo vivía en Venice, una zona de los Ángeles que en aquella época tenía una fuerte comunidad de artistas, escritores, activistas políticos y personajes generalmente excéntricos. Me había implicado profundamente en el movimiento feminista y me reconocía como tal. Para mí parecía haber una conexión natural ente un movimiento para darle poder a la mujer y una tradición espiritual basada en la Diosa.

Mientras que en esa época la mayoría de feministas desconfiaban de cualquier giro hacia la espiritualidad y lo criticaban, identificándolo con el control patriarcal o el escapismo apolítico, otras estaban empezando a entrar en contacto con la historia y el simbolismo de la Diosa. En Venice, Z. Budapest, una Bruja hereditaria de Hungría, empezó a enseñar y a entrenar en una tradición feminista de la Wicca a varias mujeres. La conocí un día próximo al Equinoccio de Primavera, en su tienda en una calle muy concurrida, y ella me invitó al primer gran ritual exclusivamente de mujeres al que asistí. Caminamos hasta la hermosa ladera de las montañas de Santa Mónica, donde cantamos, bailamos y vertimos libaciones para la Diosa. Yo pedí una sanación para una amiga que estaba pasando por una intensa crisis emocional, y Z. me miró a los ojos y me dijo: «Pide algo para ti». «No,» pensé, «eso es malo y egoísta y, además, yo no tengo necesidades». Pero ella fue, sabiamente, inflexible. «En nuestra tradición es bueno tener necesidades y deseos», dijo. «No somos una religión de abnegación de una misma».

No recuerdo exactamente lo que pedí (lo cual indica hasta que punto me negaba a reconocer mis propias necesidades), pero el ritual inició un proceso de cambio y transformación, trabajando de la manera en que la magia suele hacerlo: haciendo que todo se desmorone. Mi relación se deshizo, mi empleo se acabó y decidí irme de la ciudad.

Empecé a escribir la misma semana en que cumplí 21 años. Mi madre me dio una máquina de escribir eléctrica

como regalo de cumpleaños y de graduación de la universidad. Yo estaba empezando a asistir a clases de cine en la escuela de graduados de la UCLA y me apunté a un curso de verano para aprender a escribir. Me senté delante de la máquina de escribir y me invadió una sensación de predestinación. Algo me decía: «Vas a pasar una gran parte de tu vida aquí».

De modo que ese verano y ese otoño escribí una novela que ganó el premio de Narrativa Samuel Goldwyn de la UCLA y recibí lo que en aquel momento me pareció una cuantiosa suma de dinero y unas expectativas ilusorias de un éxito inmediato. Escribí una segunda novela. Ninguna de las dos fue publicada, lo cual da igual. Sirvieron a su verdadero propósito, que era enseñarme el oficio y la disciplina de escribir.

Pero, por supuesto, nadie se sienta y escribe toda una novela con la idea de que se trata, simplemente, de un ejercicio. De modo que, el verano que cumplí veintitrés años, deprimida por el rechazo, insegura de lo que quería hacer con mi vida y deseosa de desafíos físicos y contacto con la naturaleza, emprendí un viaje de un año en bicicleta.

Ese año fue formativo para *La Danza en Espiral*, aunque en ese momento no podía imaginarlo. Se convirtió en una especie de extraña aventura visionaria. Mientras pedaleaba siguiendo a los indios Winnebagos, acampaba bajo la lluvia en una tienda con goteras y desarrollaba mis conocimientos sobre cómo ser engañada por extraños, pasaba todos los días al aire libre, ponía a prueba los límites de mi cuerpo y conocía los lugares salvajes intrincados e inexplorados de la Costa Oeste, empezaron a desplegarse nuevas dimensiones de mi misma. Ese año fue una iniciación durante la cual aprendí a confiar en mi intuición y a dejarme guiar por ella.

Cuando llegó el invierno, mi intuición me condujo a la ciudad de Nueva York, donde intenté sin éxito encontrar un editor para mis novelas. Quería ser escritora, lo cual, en ese

momento, parecía ser en parte una forma de vivir en Nueva York y encontrar a las personas adecuadas, pero no sabía cómo hacer para conocerlas o qué decirles cuando las conociera. Para mantenerme me dediqué a limpiar la casa de una anciana y me aproveché de la hospitalidad de unas personas muy agradables que me permitieron quedarme en su apartamento mucho más tiempo del debido. (En esa época de mi vida yo era ese tipo de persona horrible que aparece en tu casa para pasar un fin de semana y acaba viviendo contigo durante tres meses. Lo único que puedo decir a mi favor es que, desde entonces, he pagado más que suficiente mis deudas kármicas con ese asunto). Tenía frío, me sentía sola, no estaba consiguiendo nada y me parecía que, súbitamente, todo el mundo estaba estudiando derecho. Entonces tuve una serie de sueños muy poderosos. Uno de ellos me dijo que regresara a la Costa Oeste. En él, me encontraba de pie junto al mar, mirando desde una zona rocosa. De repente, me daba cuenta de que estaba llena de animales increíbles: leones marinos, pingüinos, aves. «No sabía que todas estas cosas maravillosas estaban aquí», pensaba. En otro sueño, miraba hacia arriba y veía un halcón atravesando el cielo con su vuelo. Había un sentimiento en ese sueño que no puedo expresar con palabras, como si el universo resplandeciera y se abriera para revelar una brillante pauta subyacente de las cosas. El halcón se precipitaba hacia abajo y se convertía en una anciana. Sentí que estaba bajo su protección. Regresé a la Costa Oeste (en coche, no en bicicleta), me fui a vivir a San Francisco con mi amiga Nada y ahí empecé a leer las cartas del Tarot y las palmas de las manos en una serie de ferias esotéricas y realizando otros trabajos temporales extraños. Una de las agentes literarias que había conocido en Nueva York me había sugerido que probara el ensayo. Según ella, era más fácil de publicar que la ficción.

Decidí que quería escribir algo sobre las mujeres, el feminismo y la espiritualidad, de modo que empecé a investi-

gar la historia y las tradiciones de la Diosa. Al principio, Nada colaboró, pero después de un breve período de tiempo se dedicó a sus propios asuntos. Simultáneamente, empecé a dar clases de ritual y cosas relacionadas con él, y a raíz de eso se formó la asamblea de brujas Abono. Para la enseñanza, empecé a usar el nombre de Starhawk, el cual tomé de mi sueño con el halcón^[1] y de la carta de la Estrella en el Tarot, que representa al Yo Profundo. Y empecé a practicar algunas de las disciplinas de la formación de magia que me habían sugerido siete años atrás.

El área de la bahía tenía una floreciente comunidad Pagana y pronto conocí gente de muchas otras asambleas de brujas y de otras tradiciones, incluidos Victor y Cora Anderson, quienes me instruyeron en la tradición de las Hadas. Las Brujas del área de la bahía formaron la Asamblea de la Diosa, la cual se incorporó como una iglesia reconocida legalmente. Fui elegida primera oficiante en 1976 y me convertí en una activa portavoz del Oficio. Durante todo ese tiempo, estuve escribiendo el borrador para *La Danza en Espiral*, enviando propuestas y muestras de capítulos y recibiendo rechazos como respuesta. Uno que nunca olvidaré decía: «No creo que esta autora sepa lo que está intentado decir y dudo que, en caso de saberlo, tenga la inteligencia para decirlo». En otoño de 1977 acabé todo el manuscrito del libro y, en un arranque de entusiasmo, me casé tres meses después. Ese manuscrito, al igual que las propuestas anteriores, estuvo dando saltos de editor en editor durante uno o dos años más, y nadie mostró interés en él.

Yo seguía enseñando, escribiendo e implicándome en mis asambleas de brujas y en la pequeña pero creciente comunidad de personas interesadas en el ritual y en la religión de la Diosa. Para ganar dinero trabajaba temporalmente como secretaria o escribía para películas técnicas. Pero esa fue, por decir lo menos, una época desalentadora

de mi vida. Había estado escribiendo en serio durante cinco o seis años, sin ningún éxito, por lo que yo podía ver. Desesperada, me presenté al programa de escritura creativa en la San Francisco State University. Me rechazaron. (Es posible que tú, lector, te encuentres en una fase similar en tu vida. ¡Buena Suerte!)

Finalmente, mi suerte dio un giro. Carol Christ, coeditora de *Womanspirit Rising*, incluyó ahí un artículo que escribí sobre la brujería y la religión de la Diosa y me invitó a presentarlo como ponencia en la reunión anual de la *American Academy of Religion*. Ahí me presentó a Marie Cantlon, su editora en Harper & Row, San Francisco. Marie se interesó en ver mi libro, y se lo envié.

Pasaron meses. Entonces, finalmente, recibí las noticias que había estado esperando: Querían publicar el libro. Llegado ese punto, me senté a revisar el manuscrito y escribí la versión que leerás aquí.

Los últimos diez años han visto grandes cambios en mi propia vida, en el Oficio, en las comunidades Paganas y en el mundo entero. El interés en la espiritualidad feminista, en el paganismo, en las religiones de la Tierra y en la brujería ha crecido enormemente. Nadie registra a las Brujas, ni realiza estadísticas oficiales de los Paganos, pero un indicativo de este crecimiento puede verse en el número de libros sobre la Diosa que se han publicado desde 1979. Muchas, muchas personas han participado en círculos y en rituales. *La Danza en Espiral* ha vendido más de cien mil copias y ha sido traducido al alemán y al danés. He dado charlas y clases en comunidades de todo Estados Unidos, Canadá y Europa. Abundan las publicaciones, revistas e incluso tablones de anuncios informáticos Paganos.

La espiritualidad feminista, el paganismo y la brujería tienen puntos de coincidencia, pero no son comunidades idénticas. Muchas feministas exploran su espiritualidad en el contexto del cristianismo o del judaísmo, y dentro de esas tradiciones se han abierto nuevos caminos para las

mujeres aunque, por supuesto, sigue habiendo muchas luchas que librar. Otras recurren a las tradiciones de la Diosa de varias culturas o prefieren crear sus propios rituales sin identificarse con ninguna tradición en particular.

Los Paganos, e incluso las Brujas, pueden ser feministas o no serlo. Muchas personas se sienten atraídas a las tradiciones espirituales basadas en la Tierra, a la celebración de los ciclos estacionales y el despertar a dimensiones más amplias de la consciencia, sin un análisis de la interacción del poder y los sexos. Pero el Oficio feminista también ha crecido enormemente, incluyendo a muchos hombres así como mujeres y participando en muchos escenarios de la lucha social y política.

Mi propia vida ha estado mucho más centrada en la política en los últimos diez años. *La Danza en Espiral* fue escrito durante la era Carter, una época políticamente más optimista, antes del contragolpe de derechas de los años Reagan. Muchos de nosotros, que habíamos estado políticamente activos en los sesenta, sentíamos que quizá podíamos relajarnos un poco. Es cierto que la sociedad seguía estando llena de desigualdades, que el proceso de liberación de la mujer acababa de empezar y que no había habido un cambio importante en la organización social, pero quizá el camino hacia esos cambios necesitaba pasar por el terreno del interior y transformar nuestras imágenes culturales, así como nuestro sistema económico y la política nacional. Es posible que, en realidad, una transformación profunda de la sociedad sólo pudiera venir de una transformación esencial de la cultura,

Para mí, *La Danza de Espiral* era un libro político en el sentido de que cuestionaba los supuestos fundamentales en lo que se basaban los sistemas de dominación, y sigo viéndolo así. Pero en la última década, mientras se ensanchaba la brecha que separa a ricos y pobres, nuestro arsenal nuclear volvía a crearse, las personas sin hogar empezaban a morir en nuestras calles y los desempleados a llenar